

La provocación freudiana¹

Gloria Leff

Es notable que Freud, a partir de una incomprensión total de lo que era no la mujer, puesto que digo que ella no existe, sino las mujeres, haya logrado conoverlas hasta arrancarles —esto es el colmo del psicoanálisis— algunos pedazos de ese algo acerca de lo cual no tienen la más remota idea [...]. [Y] lo que esta especie de provocación freudiana suscitó en ellas les da un título excepcional para suscitar en otros, en cierto número de bebés llamados hombres, algo que se parece a una verdad...

Jacques Lacan²

I.

Viena, 3 de enero de 1911
IX., Berggasse 19

Querido amigo:

Como regalo de Año Nuevo, le envío la siguiente profecía para su colección; probablemente sea la pieza más hermosa que tenga a la fecha de hoy, por lo menos de lo que conozco de su material.

Mujer, 37 años, se enfermó de neurosis obsesiva a partir de que fue informada por su marido que si no tenía hijos era a causa de su azoospermia. Empezó con síntomas de angustia en su 27 aniversario. Un año más tarde (a los 28 años), un adivino en París le hizo una profecía al leer en las líneas de su mano que habría

¹ Una primera versión se presentó en el dispositivo "...algo de su parte", organizado por Ginnette Barrantes, San José, Costa Rica, 30 de mayo de 2009.

² Jacques Lacan, "Réponses à des questions sur les nœuds et l'inconscient", tr. Muriel Varnier, Jornadas de la École Freudienne de París, noviembre 2 de 1976, *Lettres de l'EFP*, N° 21, París, 1977.

grandes esfuerzos y tendría dos hijos a los 32 años de edad. Se consoló con eso durante un tiempo; pero ahora la profecía tenía un retraso de 5 años.

Análisis: Los esfuerzos están claros a partir de la situación. Siempre había querido hijos; ella misma era la mayor de cinco hermanos. Dudó en la época si no debería abandonar a su marido. De todas formas, resulta extraño que el adivino le haya predicho esto y haya revelado su deseo de tener un hijo directamente, sin haberla interrogado mayormente. ¿Pero cómo entran en esto el límite de tiempo y el dos para el número de los hijos?

Mi pregunta: ¿Qué edad tenía su madre cuando usted nació?

Respuesta: Tenía 30 años cuando se casó. (Se corrige de inmediato): Tenía treinta cuando yo nací.

Pregunta: ¿Cuál es la diferencia de edad entre usted y su siguiente hermana?

Respuesta: Año y medio.

Yo: Así que a los 28 años su madre aún no tenía hijos. Usted se consoló a sí misma pensando: “Yo seré como mi madre y tendré dos hijos a los 32 años”. ¿Sus esfuerzos no vienen a cuento en lo que respecta a su madre?

Ella: No.

Yo: ¿Qué significa entonces esta fantasía? Que usted se separa de su esposo o que muere, de tal manera que usted todavía tendría tiempo, aun tomando en cuenta el año de duelo, para no quedar rezagada con respecto a su madre.

Ella: Siempre tengo mucho miedo de que algo le vaya a pasar. Cuando quería irse ayer en la noche, me costó trabajo convencerlo de tomar el tren de la mañana. ¿Qué tal si ocurriera un accidente precisamente en el tren que le recomendé?

Saludos cordiales

Freud³

∞∞∞∞

La “mujer [de] 37 años” es Elfriede Hirschfeld, y Freud redacta esta carta como si estuviera transcribiendo una de las sesiones que ella tuvo con él. El regalo va

³ Sigmund Freud, “Carta a Ferenczi del 3 de enero de 1911”, en: Eva Brabant, Ernst Falzeder, Patrizia Giampieri-Deutsch (eds), *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, vol. I, 1908-1914, tr. al inglés Peter T. Hoffer, The Belknap Press Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1993, Carta 193, pp. 249-250. El subrayado es de Freud. Todas las traducciones del inglés al español de este libro son mías. [En español: Nicolás Caparrós (ed. y tr.), *Correspondencia de Sigmund Freud, 1909-1914*, t. III: *Expansión. La Internacional Psicoanalítica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, Carta 1171, pp. 240-241].

Cuando sea el caso, se anotará entre corchetes la paginación de la versión de Caparrós en español. La traducción de las citas ha sido precisada por Gloria Leff según sus fuentes. [N. del E].

dirigido a Sándor Ferenczi, con quien comparte su interés por el fenómeno de la telepatía y la transmisión de pensamiento.

Salta a la vista que el fenómeno telepático no es el único tema a considerar en esta comunicación; tampoco fue el único interés que esta paciente suscitó en Freud. Por lo demás, Ferenczi no fue el único con quien Freud habló de ella: Carl Gustav Jung, Oskar Pfister, Karl Abraham y Ludwig Binswanger —para mencionar sólo a los más cercanos— estuvieron implicados de una manera tal que este entramado nos dice mucho de lo que se jugó en ese análisis.

Si bien Freud habló y escribió mucho acerca de ella, el “caso” fue objeto de una notable censura. Aunque, en general, Freud era dado a seleccionar aspectos singulares del material clínico del que disponía y a disfrazar la información para proteger la identidad de los pacientes, en lo concerniente al análisis de Elfriede Hirschfeld este recurso fue extremo: los datos recabados y las reflexiones que le suscitó fueron dispersados por Freud mismo en varios artículos, tres de ellos elaborados en 1913,⁴ otro en 1925⁵ y otro en 1932;⁶ sin contar una presentación informal, confidencial, no oficial, escrita en 1921⁷ para ser discutida con su círculo más íntimo y sin intenciones de divulgarla. Esta comunicación se publicó póstumamente en 1941 y los editores de las *Obras completas* dejaron fuera un párrafo completo, que tenía que ver con esta mujer y con la intromisión de Jung en el asunto.⁸ Por otra parte, los editores de cada una de las correspondencias la nombraron con distintos pseudónimos⁹ y, por si fuera poco, Freud destruyó un texto que escribió al respecto: la “historia secreta” de este caso.¹⁰ A su vez, el pastor Pfister, para

⁴ Sigmund Freud, “Un sueño como pieza probatoria” (1913), tr. José L. Etcheverry, *Obras completas*, t. XII, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1988, pp. 279-291; Y en el mismo tomo: “Dos mentiras infantiles” (1913), pp. 319-327; “La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis” (1913), pp. 329-345.

⁵ *Ibid.*, “Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto” (1925), t. XIX, pp. 123-140.

⁶ *Ibid.*, “30ª Conferencia. Sueño y ocultismo” (1932), t. XXII, pp. 29-52.

⁷ *Ibid.*, “Psicoanálisis y telepatía” (1941 [1921]), t. XVIII, pp. 165-184. El título fue agregado por los editores. Originalmente no llevaba ese título, sino simplemente el encabezado de “Informe preliminar”. Cfr. Ilse Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts. Making Silent Documents Speak*, Yale University Press, New Haven and Londres, 1996, pp. 204-228.

⁸ Cfr. Ilse Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts...*, *op. cit.*

⁹ “Frau C” en las comunicaciones con Jung, “Frau H” en las que mantuvo con Pfister, “Frau Gi” en los intercambios con Binswanger y “Frau A” en la correspondencia con Abraham. Cfr. Ernst Falzeder, “My Grand-Patient, my Chief Tormentor: a Hitherto Unnoticed Case of Freud's and the Consequences”, *Psychoanalytic Quarterly (PQ)*, vol. 63, Nueva York, 1994, pp. 297-330. [En español: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente, mi principal tormento: un caso de Freud hasta ahora desconocido y sus consecuencias”, tr. Estela Maldonado, *Página Literal*, revista de psicoanálisis de la *école lacanienne de psychanalyse*, N° 8-9: *psi ¿qué?*, ediciones Página literal, San José, Costa Rica, agosto de 2008, pp. 14-39]. En adelante se citarán las páginas de la versión en español.

¹⁰ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 3 de julio de 1911”, en: *Ibid.*, p. 35.

garantizar la confidencialidad de sus propios enredos amorosos, pidió a Freud, por intermedio de esta paciente, que destruyera muchas de sus cartas, donde se discutía acerca de ella.¹¹ Sobra decir que Frau Hirschfeld misma fomentó esta dispersión: antes de llegar con Freud había sido el personaje más importante de la clínica Nassau,¹² además de haber consultado a varios psiquiatras y neurólogos.¹³ Estas excursiones no terminaron cuando llegó con Freud en 1908 para solicitarle un análisis; tampoco cuando dejó de frecuentar su diván en 1914.

Justamente, mientras la señora Hirschfeld acudía a sus citas en el número 19 de la calle Berggasse en Viena, la relación de Freud con Jung vivía su momento más álgido. No es de extrañar, entonces, que la copiosa correspondencia que mantuvieron esté salpicada de referencias a esta paciente. Pero lo que sí sorprende es que el análisis de Elfriede Hirschfeld se haya triangulado de tal manera en la relación de Freud y Jung, que haya acabado por ser una pieza importante en su irremediable ruptura. Una serie de reflexiones teóricas e indicaciones técnicas —entre ellas la concepción freudiana de la contratransferencia— fueron elaboradas en los entretelones de este embrollo, y es imposible aprehenderlas sin examinar detenidamente este contexto.¹⁴ Desplegar estas temáticas en todos sus matices excede los propósitos del presente artículo.

Para entrar en materia, empecemos entonces por destacar sólo un fragmento de una carta de Freud, en el que ya aparecen algunos de los personajes involucrados en el análisis de Frau Elfriede Hirschfeld y se perfilan ciertos elementos que permiten circunscribir el tema que abordaremos a continuación: las vacilaciones de un Freud implicado hasta el cuello en el análisis de la paciente, dubitativo, errático,

¹¹ Sigmund Freud, "Carta a Pfister del 1° de junio de 1927", en: Heinrich Meng y Ernst L. Freud (eds.), *Psychoanalysis and Faith. Dialogues with the Reverend Oskar Pfister*, tr. Eric Mosbacher, Basic Books, Nueva York, 1963, p. 59. [En español: Sigmund Freud / Oscar Pfister, *Correspondencia. 1909-1939*, Editorial FCE, col. Biblioteca de psicología y psicoanálisis, México, 1966, Carta 79, p. 104].

¹² La clínica Nassau ofrecía tratamientos con electricidad, hidroterapia y gimnasia terapéutica para padecimientos nerviosos. Ahí, Frau Hirschfeld fue atendida por Eugen Poensgen (director de la clínica de 1885 a 1910) y por Arthur Muthman. Cfr. Sigmund Freud, "Carta a Binswanger del 24 de abril de 1915", en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence 1908-1938*, tr. Arnold J. Pomeranz, Other Press, Nueva York y Londres, 2003, Carta 107F, pp. 132-133. [En español, edición de Caparrós: t. IV (1914-1925: *La gran guerra. Consolidación*), Carta 1738, p. 82].

¹³ Entre ellos, Pierre Janet y Thomsen. Según los editores de la correspondencia Freud / Jung, probablemente se trata de Robert Thomsen, neurólogo del sanatorio privado Hertz en Bonn. Cfr. William Mc. Guire (ed.), *The Freud / Jung Letters. The Correspondence between Sigmund Freud and C. G. Jung*, tr. Ralph Manheim y R.F.C. Hull, Bollingen Series XCIV, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1974, p. 176, n. 9.

¹⁴ Cfr. Gloria Leff, "A blessing in disguise", en: *Cuaderno*, N° 1: *Elfriede Hirschfeld. El tizne de la contratransferencia*, école lacanienne de psychanalyse, San José, Costa Rica, 2010, en prensa.

queriéndose orientar con respecto a la transferencia y la contratransferencia, mientras vela por la aceptación del psicoanálisis en la comunidad científica, cuida al anhelado sucesor no judío y salvaguarda la unidad de la asociación.

II.

El 17 de diciembre de 1911, Sigmund Freud responde a una carta que Carl Gustav Jung le había enviado el 11 del mismo mes.

Presentemos brevemente el contexto: en primer lugar, Eugen Bleuler acaba de renunciar a la Asociación Internacional (y este punto tiene muy molesto a Freud y sumamente agobiado a Jung, como presidente de la misma); en segundo, ya se percibe la tensión entre Freud y Jung, aunque por el momento ésta se expresa sólo en sus diferencias teóricas con respecto al tema de la libido.¹⁵ En tercero, Freud ha emprendido una investigación sobre el totemismo, la cual está tropezando con todo género de obstáculos,¹⁶ y aprovecha la ocasión para hacer explícito su método de trabajo: Primero, plantea que no es lo mismo recurrir a los libros y reportes que a la riqueza de la experiencia propia; segundo, destaca la manera como su interés por el tema se ve disminuido cuando está convencido de estar en posesión de las verdades que requieren probarse; y finalmente, comunica a Jung que las dificultades enfrentadas en este trabajo le permitieron darse cuenta que él [Freud] no está hecho para la investigación inductiva, que toda su tendencia es “intuitiva”, y que para empezar a establecer la ciencia puramente empírica del psicoanálisis, se ha sometido a una extraordinaria disciplina. A la sazón, Freud comenta lo siguiente:

[...] de Frau C —a quien me propongo dar una arreglada para Pfister— no se ha sabido en 15 días; dejó a Pfister el 3. Por supuesto que ella tiene razón, porque está más allá de cualquier posibilidad terapéutica, sin embargo, *es su deber sacrificarse a la ciencia*. Si regresa aquí, podré ceder algunos pacientes a los jóvenes. No puede negarse que nuestra gran causa se ve más bien pobre [...].¹⁷

El fragmento de esta carta sería ininteligible si no fuera por el trabajo de Ernst Falzeder, quien reconstruyó todas las piezas del rompecabezas diseminadas en los artículos y correspondencias de Freud. Falzeder ata los cabos sueltos y, en su artículo:

¹⁵ Sigmund Freud, “Carta a Jung del 17 de diciembre de 1911”, William Mc. Guire (ed.), *The Freud / Jung Letters...*, *op. cit.*, Carta 288F, pp. 472-474. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1300, pp. 338-340].

¹⁶ *Ibid.*, “Carta a Jung del 30 de noviembre de 1911”, Carta 286F, p. 469. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1297, p. 337].

¹⁷ *Ibid.*, “Carta a Jung del 17 de diciembre de 1911”, Carta 288F, pp. 472-474. La traducción y el subrayado, aquí, son míos. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1300, p. 340].

Mi gran paciente, mi principal tormento: un caso de Freud hasta ahora desconocido y sus consecuencias,¹⁸ pone al descubierto la identidad de la “mujer de 37 años”. Ahí podemos leer que en la correspondencia Freud/Jung, Elfriede Hirschfeld aparece como “Frau C”, quien había iniciado su análisis con Freud en 1908. También, y esto me interesa recalcarlo ahora, que el 28 de mayo de 1911, Freud se había dirigido a Oskar Pfister en Zúrich para preguntarle si estaría dispuesto a atenderla durante sus vacaciones de verano; aunque luego cambió los términos del acuerdo y le pidió hacerse cargo de ella indefinidamente (más o menos por un par de años), y sobre todo que no la urgiera a volver con él.¹⁹ Entonces, el episodio relatado en la carta a Jung alude a que justamente, el 3 de diciembre de ese año, Frau Hirschfeld dejó a Pfister, y no se supo de ella durante algunas semanas; finalmente, alrededor de Navidad reapareció en Viena, y Freud volvió a recibirla.

Una vez resueltas las incógnitas, se hacen evidentes un sinnúmero de contradicciones: ¿por qué y para qué Freud habría pedido a Pfister hacerse cargo de la señora Hirschfeld durante sus vacaciones?; ¿por qué, a continuación, prefiere descargarse definitivamente de ella?; ¿por qué, si parecía haber comenzado un análisis con Pfister, ella se escapa y reaparece en Viena? Por un lado, Freud mismo le da la razón (de haberse escapado); por otro, sabe de su inminente reaparición en Viena y, aún más, sabe de antemano que está dispuesto a recibirla nuevamente. Sí, pero ¿para enviarla nuevamente con Pfister! ¿Qué “arreglada” podría darle y para qué lo haría, si la paciente en cuestión estaba “más allá de cualquier posibilidad terapéutica”?

Retomemos el hilo de la carta del 17 de diciembre de 1911 para preguntarnos: ¿qué pudo haber llevado a Freud a desahuciar tan irremisiblemente a esta paciente y, como corolario, a poner de relieve el *deber* de ella de *sacrificarse a la ciencia*? Y, al convertirla en objeto de la ciencia, ¿acaso puso Freud en práctica con ella el mismo método “intuitivo” empleado en su investigación sobre el totemismo? De ser así, los tres puntos antes mencionados lo habrían llevado a: 1. sentirse atraído en un primer momento como para exponerse a la riqueza de esa experiencia; 2. desinteresarse una vez convencido de estar en posesión de las verdades buscadas; 3. finalmente, someterse a una férrea disciplina para avanzar en el establecimiento de la ciencia puramente empírica del psicoanálisis.

En no pocas ocasiones se ha subrayado con un dejo de crítica el carácter eminentemente investigador de Freud, pues no se limitaba a utilizar la relación con los pacientes como la materia prima para profundizar sus discernimientos sobre el mundo inconsciente y desarrollar sus teorías psicoanalíticas,²⁰ sino que agradecía el costado terapéutico del psicoanálisis sólo porque facilitaba que hubiera

¹⁸ Ernst Falzeder, “Mi gran paciente, mi principal tormento:...”, *op. cit.*

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ Ilse Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts...*, *op. cit.*, p. 210.

quienes se ofrecieran a sí mismos para la investigación psicoanalítica.²¹ Freud no hubiera desmentido tal afirmación. De dónde, si no, habría podido establecer la “ciencia puramente empírica del psicoanálisis”. Él mismo recomendaba a los analistas hacer sus experiencias en los enfermos al tiempo que los conminaba a profundizar ininterrumpidamente el autoanálisis.²² Sus fuertes cuestionamientos al respecto —en los que no había ni una brizna de “moralismo”— no derivaron en un llamado a frenar la experiencia; propuso, en cambio, un análisis didáctico para el analista en formación conducido por otra persona.²³ No obstante, hubo quienes levantaron su voz en defensa de Freud: era “muy humano” como para convertir a los pacientes en meros objetos de investigación científica.²⁴ Con todo, el problema no es si la curiosidad intelectual hacía de él un ser frío, despreocupado por el futuro de quienes lo consultaban; la cuestión es que, si bien para Freud “la coincidencia de investigación y tratamiento en el trabajo analítico era sin duda uno de los títulos de gloria de este último”,²⁵ al mismo tiempo sabía que el interés científico podía llegar a interferir con el trabajo clínico.²⁶ Este es el punto que me interesa desarrollar.

Coloquemos, pues, en el horizonte, dos cuestiones para orientar el recorrido que haremos a continuación: ¿qué efectos tuvo en Frau Hirschfeld el intento de Freud por fijarla en ese lugar de “objeto de sacrificio” en aras de la ciencia? Y ¿en qué lugar quedó ubicado Freud al poner en práctica esta operación?

III.

Cuando Freud escuchó la historia de Elfriede Hirschfeld por primera vez, no quiso aceptarla en tratamiento; sin embargo, tuvo “la suficiente curiosidad, ignorancia y codicia, como para comenzar un análisis sin ninguna expectativa”.²⁷ Indudablemente, la tomó como objeto de estudio y no tuvo ningún empacho en reconocer que el psicoanálisis estaba en deuda con ella. Basta con revisar los artículos publicados en

²¹ Robert Waelder, “Historical Fiction”, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. II, N° 3, julio de 1963, p. 63.

²² Sigmund Freud, “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” (1910), *Obras completas, op. cit.*, t. XI, p. 136.

²³ *Ibid.*, “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914), t. XIV, pp. 19-20, n. 19.

²⁴ Paul Roazen, *Freud and His Followers*, Penguin Books, Gran Bretaña, 1979, p. 147.

²⁵ Sigmund Freud, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 114.

²⁶ Lou Andreas-Salomé, *The Freud Journal of Lou Andreas-Salomé*, tr. Stanley Leavy, Basic Books, Nueva York, 1964, pp. 130-131.

²⁷ Ilse Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts...*, *op. cit.*, p. 209.

1913²⁸ para concluir que, para entonces, Freud ya había dilucidado suficientemente los puntos oscuros del caso como para ponerse a elaborar sus teorías al respecto. No olvidemos su recomendación de “someter el material adquirido al trabajo sintético del pensar sólo después de concluido el análisis”.²⁹ Quisiera detenerme brevemente en uno de los escritos de esas fechas, *La predisposición a la neurosis obsesiva* (1913), que revela el interés científico que esta paciente despertó en él y el original abordaje metodológico que le tenía reservado.

Durante mucho tiempo *estudié* a una enferma cuya neurosis había pasado por una insólita mudanza. Tras una vivencia traumática, empezó como una histeria de angustia pura y simple, y conservó este carácter por algunos años. Pero un buen día se mudó de pronto en una neurosis obsesiva de las más graves. Un caso así tenía que volverse sustantivo en más de un sentido. Por un lado, quizá pudiera reclamar el valor de un documento bilingüe y mostrar cómo un contenido idéntico es expresado por las dos neurosis en lenguas diferentes.³⁰

Freud se está enfrentando nada menos que al hecho de que un síntoma puede tener distintas presentaciones y no siempre es susceptible de encasillarse en un diagnóstico. No elabora este problema. En cambio, para superar el obstáculo se detiene en el contenido específico de los síntomas, lo relaciona con el historial clínico de su paciente y desecha la hipótesis de que la neurosis obsesiva podía ser una ulterior reacción frente al mismo trauma inicial provocador de la histeria de angustia. Finalmente, localiza que el nuevo síntoma proviene más bien de una segunda vivencia que había desvalorizado por completo la primera. Para concluir, resuelve el problema con “un pequeño fragmento de teoría”: introduce, después de la fase de autoerotismo y antes del narcisismo, un estadio al que denomina estadio anal-sádico, ausente en la primera edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905).³¹

Recordemos cómo presenta Freud el problema:

Hasta antes de contraer la enfermedad, Elfriede Hirschfeld era una esposa feliz, “satisfecha casi plenamente”. Sólo faltaba una cosa: no tenía hijos después de varios años de matrimonio. Un ginecólogo le prometió éxito si se sometía a una pequeña operación. Lo discutió con su marido y él le requirió que desistiera, porque la culpa de no tener hijos provenía de él: se había vuelto estéril a causa de una epididimitis.

²⁸ Sigmund Freud, “Un sueño como pieza probatoria” (1913); “Dos mentiras infantiles” (1913); “La predisposición a la neurosis obsesiva...” (1913), *Obras completas, op. cit.*

²⁹ *Ibid.*, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), t. XII, p. 114.

³⁰ *Ibid.*, “La predisposición a la neurosis obsesiva...” (1913), t. XII, p. 339. El subrayado es mío.

³¹ *Ibid.*, pp. 339-341.

Ella sufrió un colapso temporal que en vano trató de disfrazar para que su marido no sospechara que se debía a la frustración ocasionada por tal información. A Frau Hirschfeld se le abrieron tres caminos: ser infiel, renunciar al hijo o separarse de su marido, opciones que se le revelaron inaceptables. La última quedaba excluida por el soporte financiero prestado por Herr Hirschfeld a su familia política; la segunda, por ser este su deseo más fuerte; y la primera, por aparecer sólo como una tentación. Sucedió entonces que enfermó de “neurosis”. Su “histeria de angustia” correspondía, según Freud, al repudio de fantasías de seducción en las cuales encontraba expresión su deseo de un hijo. Y a raíz de un segundo acontecimiento traumático, la “histeria de angustia” mudó en una severa neurosis obsesiva. Resulta que el marido comprendió inconscientemente —pues no medió confesión ni declaración alguna— el significado de la angustia de su esposa, y él también reaccionó neuróticamente al fracasar, por primera vez, en la relación sexual. Salió de viaje inmediatamente y ella *creyó* [sic] que él se había vuelto impotente. Freud tiene fechada la aparición de los primeros síntomas obsesivos: la víspera del esperado regreso del señor Hirschfeld. La neurosis de su paciente consistía en una penosa compulsión a lavarse y a limpiar, así como en una serie de medidas orientadas a proteger a otros de dañinas influencias que ella supuestamente ejercía. Estos síntomas eran una forma de exteriorizar su necesidad sexual después de haber experimentado una desvalorización total de su vida genital.³² Pero, a pesar de tan minuciosa descripción, no queda claro si ella *creyó* que él se había vuelto impotente, o si, de hecho, el señor Hirschfeld se había vuelto impotente; tampoco hasta qué punto el síntoma de su esposa era el causante de semejante resultado. Pues si el síntoma más sorprendente de esta señora era que, al estar en la cama, sujetaba las sábanas y cobijas con seguros, más bien era ella quien evitaba el contacto sexual con el marido.³³

A continuación ocurre algo verdaderamente revelador del carácter proteico del síntoma de la paciente, pues este adquiere, de pronto, una nueva presentación: la interminable secuencia de terapias en clínicas con neurólogos, psiquiatras, psicoterapeutas y psicoanalistas. Es así, con esta nueva modalidad como, diez años después de manifestarse sus primeros síntomas obsesivos, ella llega con Freud. Y aunque no se cuenta con datos precisos al respecto, puede deducirse a partir de la correspondencia publicada hasta ahora que, con algunas interrupciones, se quedó con él por un lapso de seis años: de 1908 a 1914.

³² *Ibid.*, p. 340.

³³ Al respecto, Freud escribe a Jung: “¡Por la noche se pincha con agujas para hacer inviables sus genitales!; imagínese lo abordable que es intelectualmente”. Sigmund Freud, “Carta a Jung del 29 de noviembre de 1908”, en: William Mc. Guire (ed.), *The Freud / Jung Letters...*, *op. cit.*, Carta 116F, p. 184. [En español, edición Caparrós: t. II (1886-1908: *El descubrimiento del inconsciente*), Carta 882, p. 685].

Freud nunca negó que aceptaba escuchar a sus pacientes porque eso le permitía “aprender mucho y ganar dinero”. En cuanto a ganar dinero, en 1910 consideró a la señora Hirschfeld como su “cliente principal”,³⁴ y en 1911 anticipaba que si ella regresaba a Viena él podría ceder algunos pacientes a los jóvenes.³⁵ Y si de aprender se trataba, llama la atención la manera como condujo ese análisis. Reconstruyamos algunos de los momentos claves para marcar cuál fue la posición de Freud en este caso concreto. ¿Cómo y cuándo pasó de la “curiosidad” al “desinterés”, y qué hizo cuando su férrea disciplina entró en franco conflicto con la transferencia de Frau Hirschfeld? Método “intuitivo” y transferencia son los dos ejes que localizan este análisis.

La curiosidad:

- Octubre de 1908: infringiendo los consejos del neurólogo Thomsen, quien augura que el tratamiento con Freud “sólo empeorará su condición”,³⁶ Elfriede Hirschfeld llega por primera vez con él y lo pone al tanto de la opinión de dicho neurólogo. De esta manera, ella le da la clave de lo que será su presentación transferencial. Freud, por su parte, interpreta que Frau Hirschfeld lo elige como la manifestación de “su necesidad de castigo”.³⁷
- 29 de noviembre de 1908: Freud asegura que “Frau C” será “un hueso duro de roer” y, a pesar de tener escasas semanas de tratarla, ya ve con claridad lo que la aqueja. “Es tan claro que hace que a uno se le paren los pelos de punta”. Pone a disposición de Jung un largo recuento de la sintomatología de esta mujer, acompañado de una interpretación bastante acabada del caso. Vislumbra que lo más difícil será “hacerla entender y aceptarlo”.³⁸
- 17 de enero de 1909: se muestra muy entusiasmado: “Frau C” le parece extremadamente interesante y el caso se está clarificando para él.³⁹

³⁴ Sigmund Freud, “Carta a Ferenczi del 25 de febrero de 1910”, en: Eva Brabant *et al.*, (eds), *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi...*, *op. cit.*, Carta 118, p. 146. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1047, p. 132].

³⁵ Sigmund Freud, “Carta a Jung del 17 de diciembre de 1911”, en: William Mc. Guire (ed.), *The Freud / Jung Letters...*, *op. cit.*, Carta 288F, pp. 472-474. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1300, p. 340].

³⁶ *Ibid.*, “Carta a Jung del 8 de noviembre de 1908”, Carta 112F, p. 176. [En español, edición Caparrós: t. II, Carta 876, p. 677].

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *Ibid.*, “Carta a Jung del 29 de noviembre de 1908”, Carta 116F, pp. 183-184. [En español, edición Caparrós: t. II, Carta 882, p. 685].

³⁹ *Ibid.*, “Carta a Jung del 17 de enero de 1909”, Carta 125F, p. 197. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 898, p. 6].

El desinterés:

- 25 de febrero de 1910: se siente “salvado justo antes del punto de completo agotamiento”. “Mi cliente principal viajó ayer a Frankfurt y ahora podré escribir ‘Leonardo’”.⁴⁰
- 22 de abril de 1910: agradece que “Frau C” esté de visita con su madre porque, aunado a su carga de trabajo, “sería demasiado”.⁴¹
- 27 de abril de 1911: se siente “deliciosamente perezoso”, además de regocijarse de que ella esté de vacaciones: “Frau C” se ha convertido en su “principal tormento”.⁴²

La disciplina:

- 12 de mayo de 1911: cree haber logrado algo a través del psicoanálisis; la prueba es que los síntomas de Frau Hirschfeld se han agravado y no tiene ninguna certeza de poder “llevarla más lejos” (si bien no define a dónde querría llevarla ni cuál es el límite). “Es un caso grave, tal vez incurable”, y concluye haber llegado muy cerca de su conflicto central. Es el momento de poner en práctica su férrea disciplina: “Es preciso ser consistentes con nosotros mismos, estos son precisamente los casos de los que más tenemos que aprender”.⁴³

El 2 de enero de 1912 la declara, sin más, “incurable”.⁴⁴ ¿De dónde venía tan implacable condena? Freud rechazaba categóricamente el *furor sanandi*, pero opinaba que, así como en la medicina sólo eran “incurables” aquellas enfermedades resistentes al hierro y al fuego, en el terreno psicoanalítico era imprescindible practicar “con arreglo al arte y no temer manejar y dominar en bien del enfermo las más peligrosas mociones anímicas”.⁴⁵ Pero el método “intuitivo” había cumplido

⁴⁰ Sigmund Freud, “Carta a Ferenczi del 25 de febrero de 1910”, en: Eva Brabant *et al.*, (eds), *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi...*, *op. cit.*, Carta 118, p. 146. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1047, p. 132].

⁴¹ Sigmund Freud, “Carta a Jung del 22 de abril de 1910”, en: William Mc. Guire (ed.), *The Freud / Jung Letters...*, *op. cit.*, Carta 187F, p. 310. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1067, p. 150].

⁴² *Ibid.*, “Carta a Jung del 27 de abril de 1911”, Carta 253F, p. 417. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1222, p. 278].

⁴³ *Ibid.*, “Carta a Jung del 12 de mayo de 1911”, Carta 255F, p. 423. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1228, p. 285].

⁴⁴ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 2 de enero de 1912”, en: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente...”, *op. cit.*, p. 30.

⁴⁵ Sigmund Freud, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)” (1915 [1914]), *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 173.

su función, la curiosidad había sido satisfecha y el saber adquirido se convertía en un obstáculo para el análisis de Frau Hirschfeld.

El método de Freud funcionó de manera impecable durante un tiempo. Como ejemplo, basta con traer a colación la forma como leyó el síntoma de su paciente de sujetar las sábanas y cobijas con seguros. Freud parte del sentido literal de *anstecken* que, en alemán, es poner alfileres o seguros; de ahí, pasa a su sentido figurado que es contagiar, infectar, contaminar. Y, así, interpreta por contigüidad significativa que, a través de su síntoma, ella revela el secreto del contagio (*Ansteckung*) de su esposo, que la condena a no tener hijos.⁴⁶ No cabe duda, Freud se pliega al deslizamiento significativo para construir un saber sobre el caso. Pero no parece admitir el hecho de que fuera ella misma quien, al asociar libremente, llegara a cuestionar aquello que parecía imposible: separarse del marido, serle infiel o, incluso, renunciar a tener un hijo. A las pocas semanas de haber recibido a su paciente, él ya sabía por qué había enfermado, había decidido asimismo que todas las vías eran para ella intransitables, y el resto del análisis debía consistir en que ella asumiera la verdad que él había concebido. ¿De qué serviría convocarla a seguir asociando libremente si sus síntomas, por más rebeldes y versátiles que fueran, perdían su valor significativo, pues él ya había logrado entramparlos en un “pequeño fragmento de teoría”? Así, Freud introduce un límite en su método que merece ponerse de relieve.

Recordemos brevemente cuando inventa la regla fundamental y, con ella, el psicoanálisis:

Katharina: —[...] ¡Ah, si supiera qué me dio asco en ese momento!

Freud: —Tampoco yo lo sabía. Pero la exhorté a seguir contando lo que se le ocurriera, con la expectativa cierta de que fuese justamente lo que *me* [sic] hacía falta para esclarecer el caso.⁴⁷

¡He ahí, con Katharina, el origen y el alcance de la provocación freudiana! Y he aquí, con Elfriede Hirschfeld, el límite que el propio Freud le impuso al darle a ese saber el estatuto de una verdad última que ella tenía que aceptar.⁴⁸

Retomemos, para empezar, la carta en forma de sesión que Freud confió a Ferenczi, citada al inicio de este artículo. Podríamos dar por concluido el asunto al destacar la curiosidad de Freud por saber si hay alguna conexión entre la profecía del adivino y el mundo inconsciente de su paciente; si hay algún tipo de

⁴⁶ *Ibid.*, “Psicoanálisis y telepatía” (1941 [1921]), t. XVIII, p. 178.

⁴⁷ *Ibid.*, “Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud / 1893-1895), II Historiales Clínicos (Breuer y Freud), ‘Katharina’ (Freud)”, t. II, p. 145. *Cfr.* Jean Allouch, *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar*, nueva traducción de Marcelo Pasternac, Nora Pasternac, Silvia Pasternac, nueva edición: Epeele, México, 2009, p. 82. Subrayado mío.

⁴⁸ *Cfr.* Jean Allouch, *L'amour Lacan*, EPEL, París, 2009, pp. 261-262.

transmisión de pensamiento, como para que el adivino, a través de la profecía, revelara el poderoso deseo de su paciente de tener un hijo, y fuera tan preciso en las cifras como consecuencia de esta retroalimentación.

Ciertamente, las historias de Frau Hirschfeld despertaron este interés en Freud y, si bien nada garantiza que ese texto sea una transcripción textual de una de las sesiones de su paciente, la misiva pone de manifiesto el proceder de Freud para buscar ese “saber no sabido”. Las preguntas que hace son, en efecto, muy atinadas, y la interpretación probablemente impecable. Pero el relato merece algunas reflexiones adicionales si lo leemos desde la perspectiva de una sesión analítica. En primer lugar, antes de puntualizar su intercambio con Frau Hirschfeld, Freud escribe un pequeño preámbulo que titula: “Análisis”. Su punto de partida es una interpretación (esto no es casual porque, de hecho, es en ésta donde para él se juega el psicoanálisis) y a eso le llama “Análisis”:⁴⁹ “Ella siempre había querido hijos”; y lo que le resulta extraño (“que el adivino haya predicho esto y haya revelado su deseo de tener un hijo directamente, sin haberla interrogado mayormente”), lo resuelve con una cuestión teórica saldada: “Todo hombre posee en su inconsciente propio un instrumento con el que es capaz de interpretar las exteriorizaciones de lo inconsciente en otro”.⁵⁰ Entonces, el deseo de esta mujer era tan poderoso que lo transmitió inconscientemente al adivino. A continuación, Freud quiere averiguar de dónde provino la precisión de las cifras: el límite de tiempo para procrear y el dos para el número de los hijos que tendría para entonces, lo induce a preguntar: “¿Qué edad tenía su madre cuando usted nació?”, y “¿Cuál es la diferencia de edad entre usted y su siguiente hermana?”

Una vez zanjado el enigma de las cifras del que se acompañaba la profecía, aparece la relación del deseo (freudiano) con la fantasía (freudiana) y, posteriormente, la interpretación de la fantasía.

El deseo: Ella quiere tener hijos (es más, Freud señala que ella quiere un hijo del padre:⁵¹ se trata de una cuestión edípica a la que, además, no puede renunciar);

La fantasía: “Yo seré *como mi* madre y tendré dos hijos a los 32 años”.

Para darle a la profecía el estatuto de una fantasía, Freud requiere los datos de la madre: cuántos años tenía cuando se casó, a qué edad tuvo hijos, cuánto se llevan la paciente (que es la hija mayor) y la hermana que le sigue. Con estos datos construye “una fantasía” donde aparece Elfriede identificada con su madre. Sin embargo, inmediatamente después, Freud induce una respuesta a través de una

⁴⁹ Para mencionar otro ejemplo que va en esta misma línea, basta con revisar el relato del sueño de la enfermera de Frau Hirschfeld, que fue objeto de otro de sus artículos. *Cfr.* Sigmund Freud, “Un sueño como pieza probatoria” (1913), *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 283.

⁵⁰ *Ibid.*, “La predisposición a la neurosis obsesiva...” (1913), t. XII, p. 340; “Lo inconsciente” (1915), t. XIV, p. 191.

⁵¹ *Ibid.*, “Psicoanálisis y telepatía” (1941 [1921]), t. XVIII, p. 178.

pregunta visiblemente encaminada a descartar a la madre como aquella a quien estarían dirigidos “los esfuerzos” de su paciente. Excluida la madre de la ecuación, Freud formula una nueva pregunta: “¿Qué significa entonces esta fantasía?”; y él mismo concluye:

La interpretación: “[significa] Que usted se separa de su esposo o que muere, de tal manera que usted todavía tendría tiempo, aun tomando en cuenta el año de duelo, para no quedar rezagada con respecto a su madre”.

Si bien Elfriede cuenta con una respuesta —la que Freud fabrica para ella— en esta ocasión ella no asiente de manera contundente a la interpretación de su analista. En cambio, lo hace con una asociación: “Siempre tengo mucho miedo de que algo le vaya a pasar. Cuando quería irse ayer en la noche, me costó trabajo convencerlo de tomar el tren de la mañana. ¿Qué tal si ocurriera un accidente precisamente en el tren que le recomendé?”

Freud no requiere de ninguna información adicional para confirmar su interpretación, pero la respuesta errática de su paciente lo lleva a corroborar que el problema será que ella nunca lo va a admitir. Esto ya lo había comunicado a Jung al mes de haber recibido por primera vez a la señora Hirschfeld, y no dudó en advertir a Binswanger⁵² para que lo tomara en cuenta cuando ella se internara en su clínica.

IV.

Cuando su interés científico se agota, Freud encuentra otro recurso. El 28 de mayo de 1911, sólo quince días después de escribir a Jung que los síntomas de su paciente se habían agravado y él ya había llegado “muy cerca del conflicto central”, pide a Pfister que la reciba durante sus vacaciones de verano. Ernst Falzeder destaca, a partir de la lectura de algunas cartas inéditas, que no está muy claro de quién fue la iniciativa para este arreglo, si bien Freud se la atribuye a ella al interpretar que así podría “actuar su compulsión de dejar a su marido por un amigo más joven”.⁵³ Con sólo tener presente el recorrido de Elfriede Hirschfeld y la forma de presentarse con Freud, podría admitirse que la iniciativa fue de ella; pero, de ser así, ¿por qué en ese momento? Y es más: si él no tomó la decisión, ¿por qué la aceptó? Todo parece indicar que si Freud no tomó esta decisión, por lo menos la aceptó gustoso. Tan es así que, al saber de la buena marcha de ese nuevo análisis, quiso “pasarle esa carga permanentemente” a Pfister y, sobre todo, lo conminó a no urgirle a volver con él. Ella, sin saberlo, reaccionó y regresó inmediatamente. Y Freud no dejó de

⁵² Sigmund Freud, “Carta a Binswanger del 24 de abril de 1915”, en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, *op. cit.*, Carta 107F, p. 133. [En español, edición Caparrós: t. IV, Carta 1738, p. 82].

⁵³ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 28 de mayo de 1911”, en: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente, mi principal tormento...”, *op. cit.*, p. 20.

reprocharle a Pfister los dos errores que había cometido: primero, enredar las cosas para ella y darle demasiada importancia al hecho de que permaneciera en análisis; de lo contrario, ella no habría escapado y habría permanecido más tiempo con él. Segundo, que con su amabilidad y ambición había cedido demasiado de él mismo.⁵⁴

Pero el hecho es que Frau Hirschfeld regresó, se fue y regresó, una y otra vez. Freud no tenía que decirle explícitamente que quería “descargarse” de ella, ella acusaba recibo y lo actuaba con sus idas y vueltas. ¿Comunicación entre inconscientes (como explicaba Freud la impotencia del señor Hirschfeld y la profecía del adivino)? ¿O simple y llana manifestación de amor transferencial? Si Lacan dijo alguna vez que para que el síntoma fuera analizable, el psicoanalista aportaba la mitad,⁵⁵ he aquí una clara confirmación. El analista puso su mitad... para que el síntoma fuera incurable. ¿Cómo podía Freud sostener esta transferencia amorosa, si ya había perdido el interés? Y para empezar, ¿acaso el problema no era haber tenido un interés en su paciente? (en este caso, científico, pero de hecho, cualquiera que hubiera sido).

Freud había perdido el interés y ella ¡lo estaba volviendo loco!: “Nunca debemos dejar que nuestros pobres neuróticos nos vuelvan locos”,⁵⁶ escribiría a Jung en 1911, a propósito de Frau Hirschfeld. Ella quería depender de él y él buscaba en vano recursos para aliviar la carga. Sobre decir que cada uno de ellos reproducía y agravaba el síntoma. El primero, el científico, le permitió esquivar la carga por tres años. El segundo consistió en compartirla con sus alumnos. Se aseguraba así el control de la situación, sin la molestia cotidiana de la transferencia de su paciente. Freud mantendría ahora informado a Pfister, como antes lo había hecho con Jung. Y esto implicaba que Pfister, a su vez, lo mantuviera informado a él. ¿Acaso no fue porque Jung contravino esta regla que la ruptura de Freud con él fue irreversible?

Así, entre 1911 y 1914, Frau Hirschfeld fue de Viena a Zúrich a buscar a Pfister, y Pfister fue de Zúrich a Viena para atender a la señora cuando ella lo requiriera. Y aunque Freud aseguraba que no volvería a tomar a Frau Elfriede en análisis, ella volvía y él la recibía; Freud modificaba su técnica, la trataba severamente y ella cambiaba completamente su conducta; Freud volvía a modificar su técnica, la trataba mejor y “volvía a tener esperanzas terapéuticas, a pesar de la seriedad del caso”.⁵⁷ Con todo y tropicónes, la aventura amorosa seguía su curso. No en balde Freud aseguraba

⁵⁴ *Ibid.*, “Carta inédita a Pfister del 2 de enero de 1912”, p. 35.

⁵⁵ *Cfr.* Jacques Lacan, *Problèmes cruciaux pour la psychanalyse* (1964-1965), seminario inédito, sesión del 5 de mayo de 1965, www.ecole-lacanienne.net; Bernard Casanova, “Éclats de clinique”, *Revue du Littoral*, No. 42: *Éclat du fétiche*, EPEL, París, mayo de 1995, p. 69.

⁵⁶ Sigmund Freud, “Carta a Jung del 31 de diciembre de 1911”, en: William McGuire, *The Freud / Jung Letters...*, *op. cit.*, Carta 290F, pp. 475-476. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1307, pp. 345-346].

⁵⁷ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 9 de febrero de 1912”, en: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente, mi principal tormento:...” , *op. cit.*, p. 23.

que en el psicoanálisis como en el ajedrez, no hay forma de exponer sistemáticamente “la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura”.⁵⁸

En julio de 1914, más tarde la señora Hirschfeld en mencionar la posibilidad de mudarse a Berlín, que Freud en comunicarse con Abraham al respecto. Le pide explícitamente que no la rechace y ofrece darle toda la información que él requiera.⁵⁹ Freud ya había reparado anteriormente en el carácter no transferible de la transferencia. Precisamente, en una carta al pastor Pfister había explicado detalladamente que si bien sus feligreses estaban dispuestos a la sublimación y él estaba en la posición afortunada de poder conducir esa transferencia erótica hacia Dios, para los psicoanalistas esta manera de despachar el asunto no era viable.⁶⁰ ¿Cabía alguna duda, acaso, de que la molesta transferencia de esta paciente era con Freud? Ella lo había aclarado a Jung, y en la pugna que este tuvo con Freud, Elfriede no titubeó ante la decisión de por quién tomar partido. Es más, el enfrentamiento entre ellos dos fue precisamente lo que canceló a Jung como una opción para ella. Antes de aceptar ir con Pfister, se aseguró primero que él estuviera del lado de Freud. ¿Y qué decir de Freud? Él lo sabía mejor que nadie y llevaba varios años sufriendolo en carne propia: lo había escrito con todas sus letras a Pfister (“Ella sigue haciendo esfuerzos y con entusiasmo se atiene a mí”);⁶¹ y ahora lo explicaba a Abraham (“Toda la situación es, en parte, una demostración de desesperanza y, en parte, la necesidad de alguien que no esté en mi contra”).⁶² Pero, si bien Freud insistía en las bondades analíticas de no darle “demasiada importancia al hecho de que ella permaneciera en análisis”,⁶³ todo parece indicar que ella iba de analista en analista con la anuencia de Freud, porque él había perdido el interés. El proyecto de ir a Berlín no prosperó y, al poco tiempo, atentando contra su propia convicción de no ir más allá de los límites de la voluntad y entendimiento de sus pacientes, Freud no tuvo mejor idea que decirle “el verdadero secreto de su enfermedad”. Intempestivamente

⁵⁸ Sigmund Freud, “Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I) (1913)”, *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 125.

⁵⁹ Sigmund Freud, “Carta a Abraham del 10 de julio de 1914”, en: Ernst Falzeder (ed.), *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Karl Abraham 1907-1925*, tr. Caroline Schwarzacher, Karnac, Londres y Nueva York, 2002, Carta 226F, p. 255.

⁶⁰ Sigmund Freud, “Carta a Pfister del 9 de febrero de 1909”, en: Heinrich Meng y Ernst L. Freud (eds.), *Psychoanalysis and Faith...*, *op. cit.*, p. 16. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 913, p. 15]. *Cfr.* Antonio Montes de Oca T., “En tratos con el diablo...”, *me cayó el veinte*, revista de psicoanálisis, N° 10: *Juntos en la chimenea*, México, otoño de 2004, pp. 77-87.

⁶¹ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 9 de febrero de 1912”, en: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente...”, *op. cit.*, p. 23.

⁶² Sigmund Freud, “Carta a Abraham del 10 de julio de 1914”, en: Ernst Falzeder (ed.), *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Karl Abraham...*, *op. cit.*, Carta 226F, p. 255.

⁶³ Sigmund Freud, “Carta inédita a Pfister del 2 de enero de 1912”, en: Ernst Falzeder, “Mi gran paciente...”, *op. cit.*, p. 30.

había surgido un tercer recurso... y surtió efecto. Ella huyó y él nunca volvió a tomarla en análisis, a pesar de que ella lo solicitara en 1920 y 1921. Freud reproducía, así, la posición del señor Hirschfeld: este le había revelado el secreto de su propia esterilidad y ahora Freud le revelaba el secreto de la enfermedad de ella. No por nada, en los años que estuvo confinada en la clínica Bellevue de Binswanger, “se la pasaba rumiando acerca del análisis que había tenido [con Freud] y todo giraba en torno de su esposo”.⁶⁴

V.

Frau Hirschfeld pasa varios meses sin buscar a Freud⁶⁵ (aunque él sabe que ha estado internada en una clínica)⁶⁶ y, en enero de 1915, entra en contacto con Ludwig Binswanger. A fines de abril de ese año, la insistencia de la señora es tal que, a pesar de sus reticencias, Binswanger viaja a Zúrich para verla. La conversación entre ellos se centra en el conflicto Freud/Jung, pues Elfriede Hirschfeld no se sometería a ningún tratamiento en la clínica sin cerciorarse primero de que él seguía siendo partidario de Freud. Antes de viajar, y a petición expresa de ella, Binswanger consulta a Freud, quien se apresura a responder:

Se trata de un caso de neurosis obsesiva de los más severos, que *casi* [subraya Freud] fue analizado hasta el final, resultó incurable y ha resistido todos los esfuerzos debido a circunstancias extremadamente desfavorables y supuestamente todavía depende de mí. De hecho, ha estado huyendo de mí desde que la hice partícipe del verdadero secreto de su enfermedad.⁶⁷

¿Acaso Freud pensaba —como sugieren algunos— que el respeto del analista por la dignidad del paciente se comunicaba a través de la “verdad”?⁶⁸ Él

⁶⁴ Sigmund Freud, “Carta de Binswanger del 31 de enero de 1923”, en: Gerhard Fichtner, *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, *op. cit.*, Carta 132B, p. 160.

⁶⁵ En la carta que envía a Binswanger el 24 de abril de 1915, después de hacer un recuento detallado del caso, Freud comenta que no sabe cuáles han sido los últimos cambios de Frau Hirschfeld, pero que parece que se ha alterado mucho en el último año en el que casi no la ha visto. *Cfr.* Sigmund Freud, “Carta a Binswanger del 24 de abril de 1915”, en: *Ibid.*, Carta 107F, pp. 132-133. [En español, edición Caparrós: t. IV, Carta 1738, p. 82].

⁶⁶ Sigmund Freud, “Carta a Abraham del 31 de octubre de 1914”, en: Ernst Falzeder, *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Karl Abraham...*, *op. cit.*, Carta 254F, p. 282.

⁶⁷ Sigmund Freud, “Carta a Binswanger del 24 de abril de 1915”, en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, *op. cit.*, Carta 107F, pp. 132-133. [En español, edición Caparrós: t. IV, Carta 1738, p. 82].

⁶⁸ Paul Roazen, *Freud and His Followers*, *op. cit.*, p. 160.

mismo había escrito a Ferenczi que “la verdad sólo era la meta absoluta de la ciencia”, mientras que “el amor era una meta de la vida que es totalmente independiente de la ciencia”. Y, si bien le parecía concebible que estos dos “poderes superiores” entraran en conflicto, no veía ninguna necesidad de subordinar uno al otro.⁶⁹

Las consecuencias analíticas del conflicto al que alude Freud no son nada despreciables. En 1910, dice a sus amigos de la Sociedad de Viena que “el psicoanálisis es una cura por amor”.⁷⁰ Y cuatro años más tarde retoma el tema para poner en blanco y negro que “contra las pasiones de poco valen los sublimes discursos”; que “el amor no puede apaciguarse con subrogados”; y, aún más, que cualquier cosa que diera sería un subrogado.⁷¹

No cabe duda que Lacan tenía razón: Freud “nos brindó esclarecimientos extraordinarios incluso sobre los puntos que, de alguna manera, lo rebasaron”.⁷² La tensión entre “amor” y “verdad” fue uno de ellos y, a pesar de lo fragmentado de la información con la que contamos hasta ahora, el análisis de Elfriede Hirschfeld lo ilustra de manera ejemplar.

Vayamos paso por paso: nuevamente en una de sus reuniones de los miércoles, pero tres años después, Freud quiere destacar un punto:

[...] que cuanto más enamorado está un individuo, más dependiente se vuelve del objeto sexual. Y una regla importante del análisis puede derivarse de ahí: mientras que el paciente se adhiere al médico, el médico está sujeto a un proceso similar, el de la “contratransferencia”. El analista debe superar completamente esta contratransferencia; sólo esto lo hará *el amo de la situación analítica*, lo hará el objeto perfectamente frío a quien la otra persona debe cortejar amorosamente.⁷³

La situación analítica estaría conformada, en consecuencia, por un paciente que corteja amorosamente a su analista y un analista amo y objeto a la vez. Aquí

⁶⁹ Sigmund Freud, “Carta a Ferenczi del 10 de enero de 1910”, en: Eva Brabant *et al.*, *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, *op. cit.*, Carta 99, p. 122. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1021, p. 110].

⁷⁰ Sigmund Freud, en: Herman Nunberg y Ernst Federn (eds.), *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, t. I: 1906-1908, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, p. 122.

⁷¹ Sigmund Freud, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia...” (1915 [1914]), *Obras completas*, *op. cit.*, t. XII, pp. 167-168.

⁷² Jacques Lacan, *La relación de objeto* (1956-1957), texto redactado por J.-A., Miller, tr. Enric Berenguer, Paidós, Barcelona, 1994, p. 107.

⁷³ Sigmund Freud, en: Herman Nunberg y Ernst Federn (eds.), *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society*, vol. II: 1908-1910, International Universities Press Inc., Nueva York, 1967, p. 447. El trabajo que se discute es el del Dr. Paul Federn, “Las precondiciones infantiles del masoquismo”. El subrayado es mío.

tenemos en todo su esplendor la ambigüedad que Freud nunca pudo resolver con respecto a la “persona del médico”⁷⁴ y, como corolario, la encrucijada con la que se topó cuando estaba en la mira ser el objeto de amor de su paciente. Porque, en el análisis de Elfriede Hirschfeld, no quedaba muy claro de qué lado estaba el objeto. El asunto no apunta solamente hacia los límites de la teoría freudiana, es sobre todo el problema del fracaso de este análisis... y de lo que este fracaso nos enseña.

Si en este caso no queda claro dónde está el objeto es porque, por un lado, desde el día uno que Frau Elfriede llega con Freud, él la toma en análisis porque despierta su curiosidad, y ese mismo día la convierte en objeto de estudio. Por otro lado, ella, desde el día uno, coloca a Freud como su objeto de amor, cumple de modo cabal su papel de “paciente enamorada” y se dedica a cortejarlo: lo elige entre los otros, toma partido por él, lo seduce, lo defiende, se va con otros, lo cela, se presenta con distintas vestimentas sintomáticas, se le esconde, le manda mensajes, reaparece, actúa como intermediaria y, como buena enamorada, se vuelve más y más dependiente de su objeto sexual. Mientras tanto, Freud se erige en “amo de la situación analítica”: pretende estar en control, dominar sus pasiones y disponer de un saber para no ser sorprendido, para no dejarse afectar por su objeto de estudio, “para mantenerse inaccesible sin comprometer la receptividad”, como había escrito a Jung en 1911.⁷⁵ Pero la receptividad que Freud no quiere comprometer no es la del amor y las demandas de Frau Hirschfeld, sino la de los significantes que ella profiere. Él construye con ellos un saber que actuará en definitiva como defensa, que lo mantendrá inaccesible a la transferencia de su paciente. Una vez logrado este objetivo y dado que la sintomatología de su paciente se hace más aparatosa e inmanejable, la declara “analíticamente inservible para cualquiera”⁷⁶ y, en vez de permanecer como ese objeto “perfectamente frío”, da algo a cambio de ese amor: no el “calor y la compasión”⁷⁷ tan caros a Jung, sino el saber producido con ella y para ella.⁷⁸ Y, así, hace partícipe a Elfriede Hirschfeld “del verdadero secreto de su enfermedad”. Al huir, ella le da una lección.

...Y Freud contesta con un nuevo fragmento de teoría: “el tan necesario artículo sobre la contratransferencia” anunciado en diciembre de 1911 y que su ruptura

⁷⁴ Cfr. Guy Le Gaufey, “El blanco de la transferencia”, *El caso inexistente. Una compilación clínica*, tr. Eduardo Sánchez, Epee, México, 2006, pp. 65-97.

⁷⁵ Sigmund Freud, “Carta a Jung del 31 de diciembre de 1911”, en: William McGuire, *The Freud / Jung Letters...*, op. cit., Carta 290F, pp. 475-476. [En español, edición Caparrós: t. III, Carta 1307, p. 346].

⁷⁶ Sigmund Freud, “Carta a Binswanger del 24 de abril de 1915”, en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, op. cit., Carta 107F, pp. 132-133. [En español, edición Caparrós: t. IV, Carta 1738, p. 82].

⁷⁷ Cfr. I. Grubrich-Simitis, *Back to Freud's Texts...*, op. cit., p. 209.

⁷⁸ Jean Allouch cuestiona que esta sea una respuesta efectiva al amor de transferencia y le da un nombre: “*amour de type échangeiste*” [“amor tipo ‘intercambio’”]. Cfr. Jean Allouch, *L'amour Lacan*, op. cit., p. 262.

con Jung había dejado en suspenso. Se trata del artículo *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (escrito a finales de 1914), en donde explica los motivos de tal retraso. “Como nosotros no siempre estamos libres de cometer los errores de los que nos burlamos en los demás, no nos hemos apresurado hasta ahora a cumplir esa tarea”. En este texto, Freud reflexiona sobre una de las dificultades más frecuentes con las que tropieza el analista en el manejo de la transferencia. Se trata del caso en que “una paciente mujer deja colegir por inequívocos indicios que, como cualquier frágil mujer, se ha enamorado del médico que la analiza”. Un poco más adelante, circunscribe el problema: “No son las groseras apetencias sensuales de la paciente las que crean la tentación, sino las mociones de deseo más finas y de meta inhibida de la mujer, las que conllevan el peligro de hacer olvidar la técnica y la misión médica a cambio de una hermosa vivencia”. Todo esto para poner de relieve el hecho de que “una dama que confiesa su pasión irradia un ensalmo incomparable a pesar de la neurosis y la resistencia”. ¿De qué modo debe comportarse el analista? —se pregunta Freud— sobre todo si está decidido “a que la cura se abra paso *a pesar* [sic] de esta transferencia amorosa y a través de ella”:

El analista debe librar una lucha triple; en su interior, contra los poderes que querían hacerlo bajar del nivel analítico; fuera del análisis, contra los oponentes que le impugnan la significatividad de las fuerzas pulsionales sexuales y le prohíben servirse de ellas en su técnica científica; y en el análisis contra sus pacientes, que al comienzo se comportan como los oponentes, pero que luego dejan conocer la sobreestimación de la vida sexual que los domina, y quieren aprisionar al médico con su apasionamiento no domeñado socialmente.⁷⁹

De entrada, cuesta trabajo imaginar cómo podría el analista sostener su posición si trata de hacerlo “*a pesar*” de la transferencia amorosa; mucho menos si, a la vez, está tan ocupado librando luchas contra fuerzas de tal magnitud. Pero además, señala Freud, hay una excepción: existe una clase de mujeres con quienes el intento de mantener vivo el amor de transferencia sin satisfacerlo fracasa:

Son aquellas de un apasionamiento elemental que no tolera subrogados [¿No se supone que es el amor el que no acepta subrogados?] criaturas de la naturaleza que no quieren tomar lo psíquico por lo material; que según las palabras del poeta [Heine], sólo son accesibles a la “lógica de sopas y argumentos de albóndigas”. Con tales personas se está frente a una opción: mostrarles correspondencia de amor, o bien cargar con toda la hostilidad de la mujer desairada. Y, sin embargo, en ninguno de ambos casos puede uno percibir los intereses de la cura. Es preciso retirarse sin

⁷⁹ Sigmund Freud, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia...” (1915 [1914]), *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 173.

obtener éxito y acaso pueda uno preguntarse cómo se compecede la aptitud para la neurosis con una necesidad de amor tan inexorable.⁸⁰

Freud se dio por vencido. Con su método “intuitivo”, el psicoanálisis había ganado un buen número de “pequeños fragmentos de teoría” y el amor de transferencia, al quedar subordinado a la verdad, había fallado. Él, sin embargo, se daba una explicación: la falla no estaba de su lado, sino del de la categoría de mujeres a la que pertenecía Frau Elfriede, pues las tercas resistencias de su paciente no cedían ni con el hierro ni con el fuego; eran incurables y sólo quedaba retirarse. Pero, ¿cómo no recordar con una lectura actual que Lacan dejó bien asentado que, al tratarse de resistencias, sólo podía hablarse de las del analista?

De este modo, a cada intento de Freud por fijar a Elfriede Hirschfeld con el propósito de estudiarla (como un entomólogo fija a sus insectos), ella cambiaba de presentación. A cada nuevo ropaje con el que ella aparecía, él iba tras ella. Freud sabía que la transferencia era la que permitía identificar diferencialmente la histeria, la obsesión y la fobia y, sin embargo, no derivó consecuencias de que cada nuevo cuadro clínico era un anzuelo para despertar su interés. Pues si ella se sentía amada sólo como objeto de estudio y Freud había decidido no recibirla más, ella seguiría produciendo síntomas, cada vez más aparatosos, más inmanejables, buscando tratamientos alternativos, yendo de analista en analista, de terapia en terapia, de clínica en clínica y de ciudad en ciudad. Respondía amorosamente a la demanda de su analista: se sacrificaba por la ciencia. ¿Acaso no había dicho Freud a Lou Andreas-Salomé que la posibilidad de incrementar el conocimiento psicoanalítico y de hacer más confiable la terapia dependía de los casos incurables y más desafortunados?⁸¹

∞∞∞∞

Hasta donde se sabe, Frau Hirschfeld pasó varios años (por lo menos hasta finales de 1923) internada en la clínica Bellevue (con algunas interrupciones y períodos en los que, a solicitud de ella, estuvo menos constreñida). Ahí le habrían enseñado finalmente, con la combinación del análisis y la “contracompulsión”, quién era el amo de la situación.⁸²

⁸⁰ *Ibid.*, p. 170.

⁸¹ Lou Andreas-Salomé, *The Freud Journal...*, *op. cit.*, p. 131.

⁸² El 27 de abril de 1922, cuando “Frau Gi” llevaba varios años confinada en la clínica Bellevue, Freud se mostraba muy contento de lo que había logrado Binswanger con ella. Consideraba que nada se conseguiría en ese caso si no era a través de la combinación del análisis y la “contracompulsión”, la cual sólo podía imponerse en una institución. Binswanger, por su parte, comenta lo exitoso que había resultado este método con una paciente: “Se requería acción y urgentemente, esta adquirió la forma de tomar a la paciente por el cuello, la paciente —que hasta ahora había desafiado todo tratamiento—

Binswanger mantuvo informado a Freud y, a través de su intermediación, Freud y Frau Elfriede mantuvieron un lejano pero constante y cariñoso contacto. El provocador provocado parecía acusar recibo de que ella había mantenido las riendas hasta el final y reconocería además que, tratándose de ella, “uno nunca terminaría de contar su historia”.⁸³

en esta ocasión ya no permanecería como amo de la situación”. Sigmund Freud, “Carta a Binswanger del 27 de abril de 1922”, en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, *op. cit.*, Carta 130F, p. 158. Los editores de esta correspondencia agregan el comentario de Binswanger en nota a pie de página de esa carta (p. 158, n. 2). Este hecho aparece relatado en: Ludwig Binswanger, *Mis recuerdos de Sigmund Freud*, Almagesto, Buenos Aires, 1992, p. 84. [En español, edición Caparrós: t. IV, Carta 2334 del 27 de abril de 1922, p. 430].

⁸³ *Ibid.*, “Carta a Biswanger del 24 de abril de 1915”, en: Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud-Ludwig Binswanger Correspondence...*, *op. cit.*, Carta 107F, pp. 132-133. [En español, edición Caparrós: t. IV, p. 82].